



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:

como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia

para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor

el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre

y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

II. El bien común se aprende en la familia y en la Eucaristía

Noviembre 2026

1. El bien común
2. El bien común se aprende en la familia
3. La Eucaristía como marco y clave

¿Qué es el “bien común”? El papa León XIV ha dado una renovada centralidad a este concepto en su encíclica *Magnifica Humanitas*. Es uno de los principios clave de la Doctrina Social de la Iglesia, que da su contenido a la virtud de la “solidaridad”. ¿En qué consiste?

1. El bien común

Podemos tomar como punto de partida la experiencia de Vinicio en la novela *Quo Vadis?*, de Sienkiewicz. El noble patricio, enamorado de la cristiana Ligia, va paulatinamente convirtiéndose. Y el amor le lleva a hacer *una nueva experiencia del bien común*. Comenta el narrador: “Aquella sociedad romana le parecía ahora un edificio inmenso, magnífico, pero carcomido por la podredumbre... En la casa de los cristianos había encontrado una verdad que hacía a los hombres libres, incluso en las cadenas”. La sociedad romana, ahogada bajo el tirano Nerón, había perdido la comunidad en el bien. Vinicio encuentra una nueva concordia en la vida cristiana, a través de las familias cristianas. Allí descubre el perdón, la justicia, la acogida misericordiosa, nuevas virtudes sociales; halla a Cristo y se le revela un nuevo concepto de persona y de comunidad, semillas para generar una nueva civilización.

Como Vinicio, para comprender el concepto de “bien común” tenemos que convertirnos. Solo así se puede desvelar la experiencia del “nosotros”, el descubrimiento de que soy *persona en relación*. Una sencilla notación lingüística quizás ayude. El pronombre “ellos” surge connatural de la suma de “él” + “él” + “él”... También el “vosotros” resulta del lógico sumatorio de “tú” + “tú” + “tú”... Pero el “nosotros” nace de la confluencia de “yo” + “tú” + “él”, no es la suma de “yo” + “yo” + “yo”... El “nosotros” es una novedad, un evento impredecible; su aparición coincide precisamente con la del “bien común” como realidad sorprendente, irreducible al sumatorio de bienes particulares.

¿Qué es el “bien”? Hemos perdido esta sencilla experiencia. Por eso Jorge Freire habla de la *banalidad del bien* en nuestra cultura posmoderna. Muy centrados en responder a las preguntas sobre el “cómo” (cómo vivir más tiempo, cómo ser más eficaces...), hemos olvidado la pregunta sobre el “para qué”. Y así hemos confundido el “bien” con el “bienestar”. Aristóteles decía que el bien era aquello hacia lo que todo tiende, lo que todas las cosas apetecen. El “bien” no es una cosa o un conjunto de cosas (mi casa, mi coche, mi pijama...), sino lo que les da destino. El que solamente “sobrevive”, no llega a plantearse la pregunta por el bien y mucho menos la del bien común. El “bien común” no es un concepto económico, ni político, ni administrativo... Su punto de partida es el bien de la persona, es decir, el bien que es la persona.

“Toda la filosofía del infierno”, dice C. S. Lewis en sus conocidas *Cartas del diablo a su sobrino*, “consiste en el reconocimiento del axioma de que... mi bien es mi bien y el tuyo es el tuyo. Lo que uno gana, el otro lo pierde”. Frente a esta “filosofía del infierno”, el cristianismo proclama la filosofía del “bien común”. Para comprenderla podemos partir de una experiencia: *la de las cosas que solo podemos hacer juntos*. La gracia está aquí en que *solo juntos* las podemos realizar. La torre de Babel del Génesis, por ejemplo, la construían entre todos, pero no era un bien común, porque el “juntos” era pura utilidad. Cada uno hacía *su* labor. El resultado era el sumatorio de los trabajos individuales. La podrían haber construido menos obreros en más tiempo o al revés, porque todo era una cuestión de números, un asunto *cuantitativo*. Con el “bien común”, sin embargo, surge una novedad *cualitativa*: la de aquello que si no hacemos juntos, no lo hacemos en absoluto. Yo no puedo construir *solo* una amistad, por mucho esfuerzo personal que invierta; no puedo cimentar una familia *solo*, a base de empeño individual. Si no lo hago con otros, no lo hago en absoluto.

El “bien común” está constituido singularmente por todo aquello que *crece al darse y compartirse*. Es natural que a más tráfico, menos se pueda usar la carretera. Esta es la lógica del “bien civil” (que no por ello deja de ser un bien útil): a más gente en la parada, menos probabilidad de montarse en el autobús. Pero a más niños nacidos que hablan mi lengua, no disminuye mi lengua, sino que se enriquece; a más personas que comparten mi cultura, mi historia, mi genealogía, no se reduce, sino que se multiplica el bien de mi cultura, de mi historia o de mi genealogía.

Hay un dicho jasídico, del Rebe de Kotzk, que dice así: “Si yo soy yo porque yo soy yo, y tú eres tú porque tú eres tú, entonces yo soy yo y tú eres tú. Pero si yo soy yo porque tú eres tú, y tú eres tú porque yo soy yo, entonces yo no soy yo y tú no eres tú”. La explicación que da el rabino Jonathan Sacks del dicho es la siguiente: solo alcanzo mi verdadera identidad cuando entro en comunión, cuando hago experiencia del “nosotros” y reconozco que *yo soy yo porque tú eres tú*.

El bien común es, según el humanismo cristiano, anterior a la comunidad política. Es, de hecho, su fundamento y lo que le da legitimidad. Por eso, la teoría social cristiana no es “contractualista”, es decir, no considera que la sociedad humana se haya originado a partir de un “pacto de no agresión”; y tampoco es “estatalista”, es decir, no piensa que el Estado sea el “dador de derechos” y el fundamento de la sociedad.

Por eso, afirma con razón Higinio Marín que hemos de *despolitizar el bien común*. Esto significa que hemos de trabajar por una visión más modesta y realista de la política y por una afirmación más radical de la familia, raíz de la sociedad, y de la amistad que genera el asociacionismo y los niveles intermedios de agrupación social que pueden hacer germinar virtudes sociales.

2. El bien común se aprende en la familia

En *El taller del orfebre*, uno de los protagonistas, Andrés, tiene una frase enigmática. Se refiere al tiempo en que Teresa, su actual mujer, le pretendía y en que él hacía que la ignoraba. Sorprendido ahora por el recuerdo de una excursión que hizo entonces con Teresa y otros amigos, dice Andrés: “¡Cuán cerca de mí pasó [Teresa] aquella vez! Casi me asedió con su imaginación y con aquel discreto sufrimiento, que entonces no quise percibir y que hoy estoy dispuesto a considerar *nuestro bien común*”. Antes, Teresa, su sufrimiento y su asedio, eran algo que “pasaba”. Ahora, sin embargo, Andrés considera que esa historia, aquello que sucedió, es parte también de su historia y se ha convertido en su “bien común”. Esto es lo que significa el nacimiento del “nosotros”. Andrés considera ahora el dolor y la narrativa de Teresa como suya propia.

Vamos a ver ahora cómo la familia es la “raíz” del bien común en la sociedad. El sociólogo italiano Pierpaolo Donati emplea precisamente esta expresión: “La familia, raíz de la sociedad”. Tratemos de ver cómo entenderla y cómo es precisamente en la familia donde se aprende y se fundamenta el “bien común”.

Donati afirma que la familia no puede reducirse a una suma de “funciones sociales”. La familia no existe para atender a los ancianos, educar a los niños o evitar las soledades. La familia es una “relación social plena”, dice Donati. Y esto significa que abarca a las personas *en todas sus dimensiones relacionales*, en toda su existencia (psicológica, jurídica, religiosa, política, social...). En este sentido, la familia se constituye como verdadera raíz de la sociedad, y no como una especie de “función social” más o menos importante. En la Biblia, primero va el Génesis, es decir, el libro que habla de las sagas familiares; y solo después va el Éxodo, es decir, el libro que habla del origen del pueblo.

¿Cómo se aprende el bien común en la familia?

Hacen falta, al menos, ambientes propicios, relaciones marcadas con el padre y la madre, una sana hospitalidad y una alianza familia-escuela.

En *primer lugar*, es menester que los espacios de la casa posibiliten una experiencia del “bien común”. Si el ambiente doméstico privilegia el cuarto de cada uno sobre el salón, si disminuye o elimina los espacios compartidos, ¿qué experiencia de lo común podrá tener el hijo? En *segundo lugar*, es necesario que la madre ofrezca al hijo la certeza de una comunidad en la que es incondicionalmente amado; y que el padre, por su parte, le comunique la responsabilidad de una comunión que él debe construir y en la que es amado por lo que puede llegar a dar. En *tercer lugar*, es fundamental una sana hospitalidad, que abra el ambiente familiar a las amistades y la vida social. Evidentemente, junto a esta experiencia de acogida en casa, el niño experimenta en el colegio la salida y una primera forma de amistad y vida en sociedad. Por eso hemos añadido también la alianza educativa del colegio con la familia como una *cuarta clave* importante.

En la familia hacemos la experiencia de que cada miembro de la comunidad no es “uno más”, sino que es único e insustituible. Una madre o un hermano no se suplen con otro. Esta experiencia radical nos capacita para vivir las relaciones de amistad dentro de la sociedad de tal forma que no reduzcamos a la persona a una función, a una ganancia, a un bien útil. Que los padres aprendan a rescatar el protagonismo de cada hijo, teniendo con ellos una relación única y personal, será clave para que ellos experimenten su responsabilidad en la vida social y no se conviertan en masa.

En la familia, en fin, aprendemos a hablar y, luego, aprendemos a conversar. Será por eso también decisivo que haya conversación en la familia, que la vida familiar no se reduzca a imperativos (“ve”, “haz”, “calla”, “dale”...). Cuidar las formas de lenguaje que abren a una verdadera experiencia del bien común, es clave también para los padres.

3. La Eucaristía como marco y clave

Si la familia es raíz del bien común, la Eucaristía es raíz de la raíz. ¿Cómo? ¿No es acaso la comunión eucarística un acto de piedad en el que cuenta sobre todo la experiencia espiritual mía con Jesús? San Pablo, en realidad, la describe de otro modo. El texto más importante es este: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque uno solo es el pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan” (1 Cor 10,16-17). Se pasa, sin solución de continuidad, del “cuerpo de Cristo” al “cuerpo que somos todos”. Comulgar es hacer experiencia de Cristo como “bien común”.

La *Didaché*, un documento cristiano de la segunda mitad del s. I, que recoge la Enseñanza de los Apóstoles, dice: “En cuanto al domingo del Señor, una vez reunidos, partid el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro. Todo el que mantenga contienda con su compañero, no se reúna con vosotros hasta que se reconcilien para que vuestro sacrificio no se profane”.

El domingo es “bien común” de los cristianos de un modo excepcional. Un “day-off” no es, en principio, un bien común, porque el “otro” puede ser un elemento más o menos coyuntural de una serie de actividades con las que ese día busco descansar. No ocurre lo mismo con el domingo. El domingo solo lo hacemos juntos, participando como comunidad eucarística del “Día del Señor”. Los primeros cristianos decían, por eso: “sin el domingo no podemos”; no podemos vivir (aunque podamos sobrevivir), no podemos encontrar el bien verdadero (aunque tengamos bienestar). Hay toda una pedagogía del domingo que muchas veces olvidamos. Por eso, a veces, el “primer día de la semana” se convierte en un “day-off”, en simple “week-end”.

4. Preguntas para el diálogo

Para el diálogo conyugal

¿Cómo educar a nuestros hijos en el bien común dentro de la situación concreta de nuestra familia? ¿Qué importancia tiene para ello nuestra relación esponsal, el modo en que entendemos nosotros mismos el matrimonio y la familia?

¿Cómo vivimos el “Día del Señor”? ¿Entramos en la lógica del “day-off” o en la plenitud que supone un bien común? ¿Qué misión tenemos también en la sociedad y en la familia para hacer comprensible el sentido del domingo?

¿Cómo generar ambientes familiares en los que podamos vivir mejor el bien común dentro de nuestra familia? ¿Qué retos tenemos dentro de nuestro hogar?

Para la reunión

¿Qué prácticas dentro de la familia, del trabajo, de las relaciones sociales, nos pueden ayudar a generar una cultura del “bien común”? ¿Qué obstáculos encontramos y nos pesan más a la hora de convertirnos a la lógica del bien común?

¿Cuál de los elementos mencionados (u otros que quieras añadir) te parecen más decisivos para la educación de los propios cónyuges y de los hijos en generar una familia donde se viva desde el bien común?

¿Qué nuevo concepto de persona surge cuando se hace experiencia del bien común? ¿Y qué pasa cuando esta experiencia falta, qué tipo de intereses, ambiciones y deseos surgen?

¿Por qué es tan importante la Eucaristía en todo este conjunto de reflexiones?

¿Cómo vivir en Familias de Betania una cultura del bien común? ¿Comprendo que el bien común es más universal y más divino que el bien particular? ¿Qué implica esto a la hora de ofrecerse a asumir misiones o de generar iniciativas y espacios nuevos de convivencia?

5. Práctica

Plantearse como equipo la cuestión del “generar comunidad”. ¿Entendemos que es decisivo el esfuerzo por cuidar el “bien común”? ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué prácticas deberíamos cuidar mejor?